

Bebé azul

Quiero contarte algo: Yo nací azul.

Llegué a la vida con el cordón umbilical de mi mamá enroscado alrededor de mi pequeño cuello. Así que, bueno, como mi mamá me estaba asfixiando (claro que sin querer), nací azul. O, por lo menos, esto es lo que tengo entendido, y sí llegué a ver una fotografía mía de recién nacido en la cual parezco un gran arándano con dedos. No recuerdo mucho de esa madrugada en la cual nací. Bueno... no recuerdo nada. Nadie, que yo sepa, recuerda cómo llegó a la vida, y casi nadie recuerda la vida misma. Así que todo lo que te puedo contar es gracias a mi abuela, quien se ha empeñado a través de los años en asegurarse de que yo tenga muy claro cómo fue que nací azul.

Sí: Nací azul. Cuenta mi abuela que el médico se mostró muy calmado cuando notó que yo venía asfixiado y azul; pero que si uno lo miraba detenidamente, podía notar que tenía miedo. Y es que, claro... ¿Quién no tendría miedo? No me imagino estudiar medicina por doce años, volverme médico, ir al hospital a asistir con un parto y ver a un bebé azul con una soga al cuello. Pero parece que, a pesar del miedo, el médico fue todo un profesional. Hay una lección aquí: *Uno puede sentir miedo e igual hacer lo que haya que hacer*. Bueno, continúo. Cuenta mi abuela que, al percatarse el médico de que yo venía azul, este hizo una pausa, respiró hondo y, con mucha calma, tomó una decisión. Si me hubiese forzado a entrar ahorcado a la vida, hubiese puesto en riesgo la vida mía y la de mi mamá, así que decidió que no me sacaría del vientre hasta haber desenroscado el cordón de mi cuello. Buena decisión... ¡Gracias, doctor! Y así, mientras yo estaba entre este mundo y el que le precede, el médico me liberó del cordón umbilical de mi mamá. Como mencioné, no recuerdo nada de esto. Pero me gusta imaginar que cuando fui libre, todos los bebés del hospital aplaudieron.

Entonces, con mi cuello libre, el médico me despidió de mi mamá y me presentó a la vida. Cuenta mi abuela que todos en la sala estaban llenos de alegría y que al médico se le notaba claramente el miedo que había sentido, pues se le notaba el alivio que ahora sentía. Pero, había un pequeño inconveniente: mi cuerpito era todo azul. Ah, y otro: a pesar de que el médico me daba palmaditas en la espalda, yo no lloraba. Según entiendo, los bebés deben llorar en cuanto nacen, para poder abrir los pulmones y respirar, o creo que es para eso; no estoy seguro. Cuenta mi abuela que la alegría de la sala se tiñó lentamente de preocupación colectiva por mi color azul y por mi falta de llanto. Si yo hubiese sabido hablar, hubiese dicho: «Paciencia, gente. Si acabo de nacer ahorcado y azul, ¿por qué no me dan un tiempito? Cálmense, por favor». Y así se dio. Se calmaron y, luego de un tiempito, comencé a llorar. Hay una lección aquí: *Contra la preocupación, a veces lo mejor es la paciencia*. Bueno, así que lo del llanto se resolvió; pero el otro inconveniente persistía: mi cuerpito seguía azul. Llorando, sí, pero azul. Imagino que mis lágrimas transparentes parecían agua de océano sobre mi cara azul.

Ah, por cierto, antes de que se me olvide: pesé doce libras. Perdón, mamá.

Bueno, cuenta mi abuela que entonces el médico me puso sobre una mesa de aluminio cubierta con toallas celestes. Luego, cortó de mi cuerpito lo que quedaba del cordón de mi mamá. Entiendo que mi papá quería hacer los honores, pero ese hombre es tan flojo para los temas médicos y me veía tan azul que le dejó la labor al médico. Buena decisión; no vaya a ser que le hubiese temblado la mano. Yo seguía llorando y llorando y todos a mi alrededor estaban de lo más felices porque yo estaba llorando. Qué horrible. Esto explica por qué, más adelante, por momentos, pensé que la gente quería verme triste. Habiendo nacido con semejante refuerzo social, ¿cómo no pensarlo? Pero dejé de pensar eso hace mucho tiempo. Hay una lección aquí: *El pasado no lo define a uno*. Así que, bueno, con lágrimas, sin cordón y acostado sobre las toallas celestes, llegó

mi momento de gloria: no sé quién trajo una cámara para capturar la imagen del bebé azul, pero esto fue lo que pasó. Como ya te compartí, más adelante vi esa fotografía; y ahora debo agregar, sin modestia, que posé. Hice mi pose de «déjenme solo y guarden esa cámara que estoy desnudo y azul». Años después, habría de decir las frases «déjenme solo» y «guarden esa cámara» en otros contextos. Por suerte, todavía no me ha sido necesario decir «estoy desnudo y azul». Espero que no llegue nunca el momento.

Luego de la captura de la legendaria fotografía del arándano con dedos, digo, del bebé azul, no sé qué pasó; mi abuela no se acuerda. Imagino que me entregaron a mi mamá quien, pobre, seguramente estaba agotada, y, luego, a mi papá quien, pobre, seguramente estaba más preocupado que todo ese hospital desde que me vio azul. Imagino que me envolvieron en una manta azul y me cubrieron la cabeza con un sombrerito azul de lana y me cargaron y me mecieron y me acariciaron y me hablaron en la voz que los adultos creen que es voz de bebé (pero que nada tiene que ver con los gritos horribles que pegamos todos cuando somos bebés) y me hicieron preguntas en español y en inglés y me cantaron y se llenaron de alegría y esperanza porque la familia crecía y me mintieron diciéndome que era un bebé guapo (reitero: arándano con dedos) y hablaron de mi potencial y discutieron a quién me parecía y añoraron compartir las buenas nuevas con el resto de la familia y sintieron que si una vida podía ser creada de la nada entonces todo era posible y pensaron en lo bonito de la niñez y en la belleza y en el bien. Hay una lección aquí: *A pesar de todo, la vida vale la pena.*

Hago una breve interrupción para mencionar que, cuando mi nivel de azul se suavizó de azul océano a azul lago, todos se percataron de que había nacido con ojos azules y cabello rubio. Ahora: mi mamá y mi papá ambos tienen el cabello negro y los ojos café. Mis cuatro abuelos ni son rubios ni tienen los ojos azules. Bueno, normal... a veces los bebés salen a algún bisabuelo. O

cambian con el tiempo, como pasó conmigo. Pero, según entiendo, mi papá, quien es poseedor de una imaginación colorida (por decir lo menos), temió por un momento que tal vez yo no fuera suyo. ¡Qué va! Pobre hombre. Qué temor tan horrible. No sé cómo se resolvió el tema; pero sé que se resolvió en muy poco tiempo y sé que hasta el día de hoy toda la familia, incluyendo a mi papá, nos reímos de esto. Espero que te cause la gracia que todavía me causa a mí. Y te comparto otra lección: *Hay que reírse*.

Bueno... prosigo.

Ni mi abuela ni yo recordamos ni cómo ni cuándo se dio la salida del hospital; pero, extrañamente, creo recordar el trayecto desde el hospital hasta la primera casa en que viví. Te advierto que la mente prefiere inventar que recordar, así que tal vez esta memoria sea más creada que biográfica. Recuerdo estar sentado en el asiento trasero de un auto sedán, mirando por la ventana a mi derecha, distinguiendo palmas con troncos grises opacos y hojas celestes brillantes, con un cielo azul oscuro de fondo. Todo lo veía fluido, como si tuviera los ojos abiertos bajo el agua. Recuerdo la música de un piano, un suave acorde de *mi* bemol mayor y también un murmullo profundo y constante, como el de una ola deshaciéndose perpetuamente en una orilla de arena blanca. Recuerdo el sabor indefinible del agua fría. Recuerdo un olor limpio y transparente, como el que habría de percibir años después la primera vez que caminé sobre nieve, durante un invierno helado. Recuerdo acariciar la superficie de tela del asiento y sentir cada detalle de su textura con mi manito de bebé, ya más blanca que azul. Reitero que no sé si esto sea real o imaginado, pero igual te lo comparto. Y te comparto otra lección: *Mientras tengas imaginación, tendrás vida*. Lo que sí sé (o creo) que es real es lo que sucedió cuando llegamos a la casa.

Cuenta mi abuela que cuando llegamos, hubo una señal. Ella siempre ha sido muy religiosa, así que tal vez tú no percibas esto como una señal, pero igual te lo comparto; ya verás por qué.

Cuenta que cuando mi mamá me había liberado del asiento de bebé en el cual estaba sentado y nos habíamos bajado todos del auto y mi mamá me había cargado y mi papá abrió la puerta de la casa... la luz se encendió sola. Cuenta que fue como si algo hubiese querido recibirnos. Cuenta que la luz era amarilla y brillante, del color de mi poco cabello (yo siempre pensé que los bebés nacían calvos; estaba equivocado), y que nos sorprendió a todos, incluso a mí. Cuenta que todos nos quedamos en silencio y que todos lo vimos como un milagro. Allá ellos, porque eso de que «todos» lo vimos como un milagro, no sé; si yo hubiese sabido hablar, hubiese dicho: «Paciencia, gente. Cálmense. Pudo haber sido un fusible loco o un tema en la planta eléctrica. No es que no crea en milagros; no sé; soy un bebé; pero una luz que se enciende sola es, cuando más, un milagrito». Mi abuela cuenta que cuando me vio alumbrado por la luz, se percató de que ya no era un bebé azul, de que me veía sano y de que estaba sonriendo.

Bueno, hijo, sin ser muy religioso te puedo decir que, si es que lo que pasó cuando llegué a mi primera casa fue un milagro, entonces sin duda lo ha sido tu nacimiento esta madrugada. También naciste azul. No culpes a tu mamá; ella fue quien más trabajo pasó, no sólo esta madrugada, sino también en los meses que le precedieron. A pesar de que probablemente tenga que encender la luz yo mismo cuando lleguemos a la casa tú, tu mamá, tus abuelos, tus bisabuelos y yo, tu llegada a la vida me ha alumbrado de amarillo el poco azul que todavía me quedaba por dentro. Mientras escribo estas palabras, sonrío. Te dije que quería contarte algo, pero no te dije por qué. Te conté esto para que cuando te enseñemos a leer puedas saber dos cosas: que naciste azul como tu papá y que nadie te quiere como tu papá. Lo segundo es entre tú y yo; no le digas a tu mamá, porque tal vez no esté de acuerdo.

Una lección más, por el momento: *Te vamos a querer por siempre (aunque yo más que nadie)*. Bienvenido a la vida, hijo.

Con mucho cariño,

Tu Papá